

...Y RESUCITÓ AL TERCER DÍA

CARLOS SAÍZ CIDONCHA

«Los dioses descienden de los cielos.»

Robert Bowen, *Bob Bow* como sus amigos lo llamaban, hizo rugir su pequeña nave sideral sobre el continente. Una vez y otra describió pasadas cada vez más bajas, incrementando el bramido de los reactores y cuidando que los tubos dejaran en la noche una brillante estela. Le interesaba que no quedara indígena alguno en mil leguas a la redonda que ignorara la llegada de la Nueva Era.

El planeta fue descubierto muy poco tiempo antes y era poco lo que se sabía de él, fuera del hecho de ser habitable y estar habitado. Y de otro hecho que no trascendió mucho, pero del que Bob Bow estaba enterado a causa de sus eficaces contactos en Exploración Galáctica. El planeta rebosaba materialmente de elementos uránicos, los minerales más valiosos del universo.

De no estar habitado el astro quizás se hubiese anunciado una subasta de explotación, subasta que *podría* haber ganado Robert Bowen de insistir lo suficiente y siempre que sus adversarios ignorasen la verdadera naturaleza del planeta... Pero la cosa estaba fuera de lugar, ya que el planeta poseía habitantes inteligentes.

Bob Bow rió para sus adentros. ¡Aquellas estúpidas leyes de protección al nativo! Su padre había arrasado ciudades enteras, tratado a latigazos a los indígenas de cien planetas, explotado, saqueado... ¡Así ganó la fortuna de la que ahora era dueño Robert! Pero las cosas habían variado y la Patrulla Sideral vigilaba severamente los espacios, protegiendo los derechos de los autóctonos. No bastaba ahora con ser brutal. Hacía falta ser inteligente.

¿El uranio era de los nativos? Bien, entonces sólo restaba convencerles para que lo cedieran. Bob Bow tenía por delante cinco meses para hacerlo, antes que la Patrulla regresara en viaje de inspección. No creía que le fuera demasiado difícil, dada su anterior experiencia en casos similares.

Tarareando una cancioncilla, Robert Bowen terminó la última pasada y luego se dispuso a iniciar la rutina de aterrizaje. Había seleccionado ya la más importante aglomeración de nativos, pero por un cálculo perfectamente estudiado prefería llegar a sus puertas con las primeras luces del alba.

El amanecer. La aurora rosada que rompe las últimas tinieblas de la oscura noche. El sol que se alza candente y glorioso sobre el horizonte anunciando que los terrores de la oscuridad han terminado y que un luminoso y alegre día comienza.

El amanecer. La hora propicia para la llegada de un dios.

«Los dioses son invulnerables e invencibles.»

El gran poblado se hallaba rodeado por una empalizada cubierta de barro. Evidentemente todo indígena sorprendido fuera de ella por el retumbante aterrizaje de la nave se había apresurado a buscar refugio a su amparo, cerrando las puertas tras sus espaldas.

Bob Bow sonrió. Sabía perfectamente lo que Exploración Galáctica ordenaba para estos casos de toma de contacto con vida inteligente primitiva. Debía esperar pacientemente hasta que algún indígena más valeroso que sus compatriotas osara abandonar el refugio y salir a su encuentro. Pero Bob Bow no tenía intención de seguir las normas de Exploración Galáctica.

Avanzó con paso firme, sin ninguna prisa, figura solitaria en la llanura. Cruzó sobre los primitivos sembrados de los habitantes del planeta sin buscarlos ni esquivarlos, como si no existieran. Sintió algunas frutas o legumbres aplastarse bajo sus botas espaciales, mas no hizo algún caso de ello. Su único cuidado estribaba en no tropezar ni vacilar en su marcha un sólo momento. Los dioses no tropiezan ni vacilan.

Al acercarse a la empalizada pudo ver detalladamente a los indígenas que se amontonaban en lo alto, asomando sus cabezas sobre el borde. Eran unos seres feos, pequeños, semejantes a monos. Hizo mentalmente una mueca de disgusto. ¡Monstruos asquerosos! Pero monstruos que tenían en sus manos, ¡en sus sucias patas, mejor dicho!, una de las mayores riquezas que conocía la Galaxia.

Bob Bow conocía alguna de las costumbres indígenas y había asimilado hipnóticamente su lenguaje. ¡Ventajas de sus contactos con Exploración Galáctica! Tuvo en sus manos ilegalmente el informe completo enviado por los descubridores del planeta, aprovechando de él todo cuanto deseó. Sabía que los indígenas poseían arcos y flechas y tuvo la esperanza que los usaran contra él. Pero de momento se vio defraudado.

¿Tenían los indígenas demasiado miedo para manifestar hostilidad? ¿O quizá eran «pacíficos y amistosos»? No importaba, ya que los planes de Robert Bowen estaban trazados y, quisieran o no, los indígenas deberían atacarle.

Conectó el pequeño altavoz portátil y se dispuso a hacer uso de sus conocimientos lingüísticos hipnoadquiridos.

—¡Perros! —gritó con todas sus fuerzas. La palabra era mucho más ofensiva en su versión indígena, y llevaba en su significado todo el desprecio del cual aquellos seres eran capaces—. ¡Perros! ¡Abrid las puertas a Robert Bowen, vuestro señor!

Simultáneamente empuñó su pistola energética, mas no como un arma moderna, sino más bien a la manera de instrumento arrojado. Dio resultado.

Uno de los indígenas, ofendido por el insulto o quizás alarmado ante lo que consideraba un acto de agresión, levantó sobre el borde de la empalizada su arco y disparó el dardo hacia el corazón del intruso.

«Buena puntería», pensó éste con ironía. La flecha silbó en el aire y fue a estrellarse contra el campo protector Severski-Holtz, que cubría todo el cuerpo de Bob Bow. Despuntada, cayó a tierra muy cerca de sus pies.

El comerciante alzó de nuevo la pistola, ahora en su posición normal, e hizo fuego. Su puntería resultó tan óptima como la del indígena del arco, de manera que éste se disolvió en una brillante llamarada, en compañía de otros varios que para su desgracia se encontraban próximos a él.

—¿Osáis atacar a aquel que os ha creado? —rugió Bob Bow, haciendo retumbar el aire con su voz amplificada—. ¡Paso a Robert Bowen!

Liberó una nueva descarga de energía y la puerta de madera saltó en llameantes pedazos, mientras los indígenas se arrojaban desde la empalizada al interior del poblado, aullando presas de pánico.

Con el mismo aire majestuoso con que se aproximara a la empalizada, Bob Bow cruzó el humeante umbral para penetrar en el pueblo.

«Los dioses son implacables.»

Miles de ojos aterrorizados contemplaron el paso de Robert Bowen por la calle principal del pueblo. El comerciante estudió desde el aire la disposición del mismo, habiendo visto la gran edificación que no podía ser sino un templo o un palacio. Se dirigió hacia él.

Hubo una agresión. Una lanza golpeó furiosamente el campo protector sobre su espalda, rebotando con fuerza. Bob Bow se volvió como un rayo y, al introducirse el agresor en una de las toscas viviendas, calcinó totalmente ésta hasta convencerse que nadie podría permanecer vivo entre sus ruinas.

Continuó el avance lenta y tranquilamente. El olor del poblado primitivo le hizo arrugar la nariz con disgusto. ¡Pensar que debería permanecer meses enteros entre aquellos sucios animales!

La gran casa resultó ser el palacio, edificio de gobierno o residencia del cacique. Éste en persona lo esperaba ante la escalinata, con un aire de dignidad que no lograba disimular el atroz miedo que lo devoraba.

Bob Bow avanzó hacia él sin variar de paso, como si todo el tiempo del universo estuviera a su disposición. Era vagamente consciente del peso de mil miradas furtivas sobre su cuerpo.

—¿Eres tú el jefe de esta comunidad que se ha atrevido a alzar su mano contra Robert Bowen? —preguntó al llegar ante el indígena.

Éste reunió valor para hacer el gesto que entre los de su raza indicaba el asentimiento. Fue el último movimiento de su vida.

Bob Bow permaneció un momento mirando la vaga nubecilla de humo que era cuanto quedó del desaparecido cacique. Luego, sin volverse, conectó el visor de su muñeca con el objetivo situado en la nuca. Tuvo así una clara vista de todo lo que ocurría a sus espaldas, de los rostros aterrorizados que contemplaron el fin de su líder. En una de aquellas caras observó los tatuajes rituales que identificaban a su poseedor como un jefe de importancia.

—¡Tú! —llamó sin volverse—. ¡El que se oculta tras la tercera columna del edificio de la esquina! ¡Acércate a mí!

El primer impulso del así llamado fue el de esconderse aún más, y Bob Bow pensó seriamente en castigar con la muerte su desobediencia. Pero finalmente, quizá impresionado por la vista sobrenatural de quien estando de espaldas lo descubrió fácilmente, el indígena salió a la plaza.

Temblaban visiblemente sus piernas a cada paso, temeroso de desaparecer de un momento a otro en una nube de fuego. Robert Bowen rió por lo bajo, divertido.

Avanzó el nativo cada vez más lentamente, temiendo despertar la cólera del dios con algún inconsiderado movimiento. Cuando lo vio cercano, Bob Bow desconectó el visor y se volvió hacia él. El indígena cayó de rodillas e hincó la frente en el polvo.

—¿Quién eres tú? —retumbó la estentórea voz del megáfono portátil.

—Soy Anhaka, señor —respondió el nativo, con un hilillo de voz. Soy el jefe de los cultivadores de Mersitha...

—¿Has alzado tu mano o tu pensamiento contra Robert Bowen? —preguntó el comerciante, severo.

—¡Piedad, señor! —imploró Anhaka—. Por el sol que nos ilumina te juro, señor mío, que jamás mi mano ni mi pensamiento se alzaron contra tu persona.

—¡Me place tu sumisión, Anhaka! —rugió la voz divina—. En lo futuro tú serás el jefe de Mersitha, y si alguien te ofendiera, a mí ofenderá.

El nuevo cacique se alzó, aún temblando, pero inmensamente orgulloso del honor que se le hacía.

—Serás el pontífice de Robert Bowen —decidió el comerciante—. Desde este momento declaro que esta tierra será la sede de mi divinidad y que tanto ella como aquellos que la pueblan prevalecerán sobre los pueblos y las naciones de este mundo hasta el final de los tiempos.

Surgieron tímidamente los indígenas, inquietos aún ante el poder mortífero de la nueva divinidad.

—¡Gloria al divino Robert Bowen! —se atrevió finalmente a gritar uno de ellos, pronunciando aceptablemente el nombre del comerciante.

Siguió una tempestad de aclamaciones en las que cada cual temía quedarse atrás en cuanto a entusiasmo.

Erguido ante la multitud de humanoides, Bob Bow sonrió e hizo un vago gesto de bendición.

Pues también los dioses saben ser bondadosos para con sus adoradores.

«Los dioses son poderosos.»

Habían transcurrido tres de los cuatro meses que Robert Bowen se había fijado como tiempo máximo de estancia en el planeta.

Habitaba ahora en el gran palacio central, servido por una multitud de indígenas. Si recorría las calles del poblado, lo hacía en una brillante carroza arrastrada por los más hermosos de entre los animales que en aquel mundo hacían el papel de caballos.

Trajo suficiente material de la nave para realizar hasta una docena de espectaculares milagros sobrenaturales, sin contar las curaciones mágicas, los generosos dones del cielo sobre los mersithanos y sus cosechas, y los juegos luminosos de menor cuantía durante las recepciones y adoraciones.

Y también los castigos celestes. Todo sacrílego imprudente fue implacablemente barrido y en los últimos tiempos incluso se dio el lujo de liquidar un par de individuos inocentes bajo la acusación de «tener pensamientos ocultos hostiles a Robert Bowen». Estos últimos actos aumentaron evidentemente el respeto a su omnisciencia divina, haciendo que cada oveja de su rebaño vigilara con fervor apocalíptico el funcionamiento de la propia mente.

Su labor fue fructífera, desde luego. Uno de los principales premios a los trabajos hechos le llegó el día en que pudo ver cómo un desesperado blasfemo era muerto rápidamente por sus propios conciudadanos, temerosos del mal que su actitud podía ocasionar a la comunidad entera. Pronto no sería necesario ni siquiera el rayo del cielo para garantizar la seguridad de Robert Bowen.

Tan sólo una vez se vio en un regular apuro el nuevo dios. Fue cuando los sacerdotes de su reciente religión le entregaron como ofrenda la más bella mersithana de la región, pensando dar gusto y placer al poderoso señor llegado de los cielos. En los planes de Robert Bowen no entraba desde luego ninguna sucia unión con razas inferiores, pero por otra parte tal era el culto indígena de la potencia viril que un rechazo hubiera hecho caer gravemente su prestigio. Finalmente, para salir del paso, usó sobre la joven indígena su cuchillo de monte con tanta habilidad y fantasía que a la mañana siguiente, cuando los sacerdotes recogieron el cuerpo sin vida, no cupo ninguna duda de lo mortífero que resultaba el superpotente abrazo amoroso de un dios para las desdichadas mortales. No se repitió, por tanto, la molesta ofrenda.

Robert Bowen no permaneció aquellos tres meses en el pueblo que lo acogió. Para sus planes necesitaba unificar el planeta, es decir, el único continente habitado del mismo. A ello se puso.

De haber dispuesto de más tiempo hubiera lanzado los ejércitos de Mersitha a la conquista de sus vecinos, apoyándolos desde el aire con el fuego de su nave. Pero en los cuatro meses de su estancia no hubieran podido los lentos ejércitos indígenas recorrer ni mucho menos conquistar el vasto continente. De manera que debió utilizar un método diferente.

Seleccionó aquellos comerciantes mersithanos que dijeron ser conocidos en otros poblados y los convirtió en misioneros. Los introdujo en la propia *carroza celeste*, tras obligarles a cubrirse los ojos con un paño negro, «pues los secretos de la divinidad serían fatales para todo mortal que los descubriera». Luego emprendió el vuelo y fue sembrando mersithanos por todas las tribus continentales, haciendo descender su nave con gran aparato de trueno y llamas con objeto de impresionar a los futuros catecúmenos.

Salieron bien las cosas y en su siguiente pasada Bob Bow no tuvo sino que recibir los actos de sumisión de las distintas tribus, regidas ahora por los misioneros llegados del cielo, en representación del gobierno central de Mersitha. Apenas si debieron ser diezmadas un par de comunidades que se obstinaban en mantener su independencia en contra de los designios del divino Robert Bowen. Terminada la tarea, el planeta podía considerarse completamente unificado.

El último acto de la obra podía comenzar.

«Los dioses son inmortales».

¡Ingenio!

Robert Bowen tarareaba una alegre cancioncilla al disponer los últimos elementos de su plan magistral. El cuarto mes se estaba acabando, y con él la forzada estancia en aquel fétido e inhóspito mundo. Dentro de algunos días estaría de nuevo en el supermoderno planeta Semiramis y ya no sería Robert Bowen el divino, sino el simpático y avisado Bob Bow, el águila del comercio interestelar... con su considerable fortuna triplicada o cuadruplicada. En el mundano y civilizado Semiramis hallaría comodidad, placer... mujeres humanas y no aquellas asquerosas monas que se postraban ahora ante él... comida civilizada y no aquella bazofia que sus súbditos le ofrecían como lo mejor que disponían...

Sólo faltaba el momento final. El momento en que el gran Anhaka, rey de su raza y pontífice de su dios, fuera acogido con todo honor en la *carroza del cielo*, acto singular a causa del cual sería honrado por sus compatriotas durante toda la vida. El momento en el que el jefe indígena pronunciara en su propio idioma ante el detector de mentiras sellado que la Corporación instalara en la nave de Bowen la siguiente oración aprendida de los mismos labios de su dios:

«Yo, Anhaka de Mersitha, rey de todos los habitantes inteligentes de mi mundo (era verdad), por mi propia voluntad y sin que nadie me obligue a ello mediante la fuerza (también era verdad), declaro solemnemente que todas las riquezas de mi mundo, tanto las situadas en su suelo como las que se ocultan bajo él, son propiedad indiscutible de Robert Bowen.»

¡Ya estaba! Respetuosa con los gobiernos planetarios independientes, la Federación Galáctica reconocería la concesión hecha por uno de ellos. Y si surgían dificultades, nada costaría a los eficientes abogados de Bob Bow hacer valer los incontestables derechos de su patrón.

Dentro de un mes llegarían los inspectores de Exploración Galáctica. ¡Ah!, pero ellos no se presentarían en astronaves relampagueantes, ni blandiendo divinos rayos. Fieles a su reglamento abordarían a los nativos de igual a igual, ocultando sus poderes, esos poderes que pudieran recordar a los indígenas su desaparecido dios. Serían unos simples extranjeros, y Robert Bowen advertiría antes de partir que tales extranjeros debían ser personas no gratas para sus fieles. Se les invitaría a abandonar el planeta, y los de Exploración Galáctica respetarían también tales deseos: ¡tan estúpidos eran! En cuanto al paso de un ciudadano de la Federación por el planeta... sería maldito por siempre todo indígena que osara revelar al extranjero los sagrados secretos de su religión. Los inspectores sabrían algo de la existencia de una religión secreta, pero en su manía de no interferir en las costumbres nativas, tampoco se interesarían demasiado por el caso. ¡Todo perfecto!

Pero aún quedaba el golpe final, el golpe que haría derrumbarse las últimas posibles dudas acerca de la divinidad de Robert Bowen. Los hombres mueren y permanecen muertos. Los dioses no mueren y, si acaso alguna vez lo hacen, no permanecen en sus tumbas mucho tiempo, sino que surgen de ella y se manifiestan a sus devotos.

¡Robert Bowen vencería a la Muerte! ¡Moriría y resucitaría tres días más tarde de entre los muertos para volver a morar entre sus fieles!

Bob Bow eligió aquel plazo de tres días como burlón desafío hacia la religión de los hombres de su propia raza, religión en la que no creía, pero de la que gustaba mofarse en ocasiones. Sería un colofón humorístico para su pretendida divinidad, un motivo de risa cuando lo contara en el selecto círculo de los amigos en los que podía tener confianza. ¡El dios Robert Bowen resucitando de entre los muertos! Ya estaba escuchando las carcajadas, las felicitaciones por su ingenio...

¡Bien! La cosa debía prepararse con cuidado. Las pastillas que le harían entrar en artificial estado cataléptico estaban en su mano. Había visitado el cementerio de los indígenas... el Valle de los Muertos, cómo lo llamaban. Los cuerpos reposaban a flor de tierra, ocultos en frágiles ataúdes de madera fina. ¡Él podría destruir con facilidad todo el armazón, una vez salido de su sueño cataléptico! Y luego la marcha hacia el poblado, para asombro de los últimos incrédulos... la oración final del pontífice Anhaka en el interior de la *carroza de los cielos*... las últimas instrucciones... ¡y la ascensión a los cielos! Se echó a reír a carcajadas ante esta última idea, nuevo tema de regocijo para su círculo de amistades una vez que todo hubiera pasado.

—Mis fieles mersithanos —inició su discurso—. Es mi propósito visitar durante tres días el Reino de los Muertos. Me veréis morir tal como si fuera uno de vosotros, pero en verdad os digo que dentro de tres días retornaré de más allá de las puertas de la Muerte para que podáis adorarme de nuevo en este santo templo de Mersitha. Ungid pues este cuerpo y efectuat en él las honras fúnebres debidas, mas no olvidéis que pasados los tres días estaré de nuevo entre vosotros para pedir os cuenta de vuestros actos.

Bastaba con ello. Robert Bowen sabía que nadie se atrevería a maltratar su cuerpo inanimado por miedo a la futura venganza del resurrecto. Y si alguien fuera tan loco para intentarlo, allí estaban sus fieles sacerdotes que lo impedirían. Dio las últimas instrucciones, indicando incluso el traje con que debería ser ataviado tras su muerte... un traje que disimulaba una diminuta sierra radiante, para el caso que el ataúd de madera resultara demasiado sólido para sus fuerzas. Todo estaba pensado.

Llegado el momento, se llevó a la boca las píldoras catalépticas. Ya antes las había usado y sabía cuáles serían sus efectos. Subjetivamente, para él no existiría el tiempo. Tomaría las pastillas, sentiría el familiar mareo... y «en el acto» se despertaría en el Valle de los Muertos, preparado para su resurrección.

En un solo y ligero movimiento, Robert Bowen se introdujo las pastillas en la boca.

Los indígenas gritaron su desconsuelo a los cuatro vientos cuando su dios quedó inmóvil en el suelo del templo. No porque desconfiaran de su anunciada resurrección, sino porque ello formaba parte del ritual funerario que Robert Bowen exigió. Ungieron su cuerpo yacente con los más aromáticos aceites y perfumes, vistiéndole luego con el traje que el mismo dios eligió antes de morir.

Impresionante fue la caravana fúnebre por las calles de Mersitha. Abrían camino los sacerdotes menores y acólitos, seguidos de los más valerosos guerreros mersithanos y también por los representantes de las sometidas tribus extranjeras. El ligero ataúd iba en la propia carroza del dios, cuyos animales de tiro eran dirigidos por el mismo rey Anhaka, trocado en cochero como humilde homenaje a la divinidad. Seguían los músicos y hasta doscientas plañideras llenando el aire con sus llantos y alaridos de dolor. Los espectadores se hincaban de rodillas al paso del cortejo, como si el dios circulara viviente ante ellos.

Los sacerdotes mayores se unieron al cortejo cuando éste abandonó la empalizada del pueblo. Hasta entonces habían estado muy ocupados preparando el acto final de la ceremonia funeraria.

Pues ni por un momento se pensó en llevar el ataúd al Valle de los Muertos. ¡Qué terrible sacrilegio hubiera sido ofrecer a todo un dios las mismas honras fúnebres de los despreciables mortales! No, el gran Robert Bowen dispondría de un funeral excepcional, un funeral como el que era debido a un dios según las antiguas religiones de los habitantes del planeta. Un funeral verdaderamente divino.

Y así, mientras las marchas funerarias se mezclaban con los gemidos de las plañideras y los cánticos de los sacerdotes, la carroza con el ataúd avanzó lentamente hacia la gran pira, junto a la que cincuenta jóvenes vírgenes mantenían en alto las antorchas de fuego bendito que más tarde aplicarían a la leña seca...

Cuando los inspectores de Exploración Galáctica llegaron al planeta, un mes después, aún la memoria de Robert Bowen era adorada por la totalidad de los indígenas. Algo perplejos estaban los fieles por faltar el dios a su promesa de resucitar el tercer día, pero no dejaban los sacerdotes de consolarlos con alusiones a la gran diferencia entre el mundo de los mortales y el de los dioses, diferencia que en ocasiones hace inconsistentes las promesas hechas por éstos a aquéllos.

Y es que, ciertamente, los designios divinos son inescrutables a veces para la simple grey mortal.

FIN

Título Original: *...Y Resucitó al Tercer Día.*
Colaboración de Romulano.
Revisión y Reedición Electrónica de Arácnido.
Revisión 4.